

contrarios políticos, y forma contraste con la que, con extraordinarios elementos, observó Napoleon III en Sedan.

«La circunstancia de que Napoleon III haya sido la causa primordial de la tragedia de Querétaro,» dicen los apreciables escritores republicanos de Méjico Don Juan B. Hajar y Haro y D. José M. Vigil, en su *Ensayo Histórico del ejército de Occidente*, «y la de que por algunos años haya influido de una manera tan poderosa en los destinos de Méjico, nos provoca á decir dos palabras sobre tan funesto personaje (Napoleon).....»

»Volvamos, pues, los ojos á Sedan, y para comprender mejor la conducta de Maximiliano, veamos cómo se rinde el último de los Bonapartes. Una vez herido el mariscal Mac-Mahon, el emperador de los franceses sin tener el valor político y militar suficiente para dejar el mando en jefe de las tropas al general Drocrot, ni el denuedo necesario para aventurar á los azares del destino las temerarias proposiciones del general Wimpffen, arrastró al abismo de su humillante capitulación, al heroico ejército francés, y suscribió en Sedan las palabras que siguen, dirigidas al rey Guillermo: «*No habiendo podido morir al frente de mis tropas, entrego mi espada á V. M.*»

1867.

Mayo.

»En nuestro concepto, la gloriosa defensa que Maximiliano hizo en Querétaro y su rendición, lo convirtieron de monarca en soldado, para dar á su nombre la inmortalidad que la historia concede á los grandes hombres, mientras que la página de Sedan hace de Napoleon un prisionero vul-

»gar. Las palabras del príncipe de Austria nos traen á la memoria algunos recuerdos del mundo antiguo, en tanto que las de Napoleon, si no llegaran hasta nosotros entristecidas y envueltas en el sangriento sudario que amortaja la catástrofe de Sedan, nos parecerían la expresión de una aventura que desenlaza una comedia histórica.

»Cuando Maximiliano, asaltado por el general Velez en el convento de la Cruz, se retiraba pistola en mano para replegarse al cerro de las Campanas, decia en alta voz á los que le seguian: «¡Adelante! ¡Salir de aquí ó morir, es el único recurso!» Pero no pensó en capitular. Media hora despues, teniendo ya lista toda su gente para abrirse paso por entre los republicanos ó morir en el campo del honor, dijo con visible serenidad: «Solo á Miramon espero: no quiero dejarle atrás.»

»El emperador de los franceses, al contrario, no quiso colocarse en el centro de la columna, que para romper la línea prusiana y conducirla hasta Carignan, habia organizado Wimpffen, porque comprendió el peligro de semejante operación, é insistió en enarbolar bandera blanca sobre la ciudadela, para iniciar la triste rendición que, con lástima, ha pasado ya de gente en gente.»

Y refiriéndose al acto en que Maximiliano, al presentarse al general D. Ramon Corona, sólo pidió para sus leales adictos, ofreciéndose él como víctima, diciendo: «Los jefes que me acompañan no tienen otra responsabilidad que la que les impone el haber seguido mi suerte: deseo que no reciban daño alguno: si hay

necesidad de una víctima, yo quiero ser esta, y que mi sangre sea la última que se derrame en este país,» exclaman los expresados escritores republicanos:

1867.

Mayo

«¡Magnánima y generosa expresion de un prisionero, que presentando su pecho á las balas del vencedor, trata de escudar con su muerte la vida y lealtad de sus partidarios!»

Pero aún hay otra observacion que hace resaltar el paralelo entre la manera con que se condujo Maximiliano en el sitio de Querétaro, y Napoleon III en Sedan. Este último rehusó admitir la proposicion de colocarse en el centro de la columna que debia romper la línea prusiana conduciéndolo hasta Carignan, teniendo un ejército numeroso. Maximiliano lo dispone todo para abrirse paso en el instante que se lo proponen sus generales, cuando sus tropas, compuestas de cinco mil hombres, se hallaban sitiadas por treinta y cinco mil. Napoleon no vió entregado punto ninguno á los prusianos, y, por lo mismo, contó hasta el último instante con un número respetable de batallones. Maximiliano se encontró de repente con que su corto, pero valiente ejército, había sido sorprendido y hecho prisionero en su mayor parte por la deslealtad de un individuo que introdujo en la plaza á los sitiadores, entregándoles el punto mas importante. Napoleon con todo su ejército, se detiene ante el peligro y nada intenta, desalentado por las dificultades que ante su vista se presentan para abrirse paso. Maximiliano, con ochocientos hombres que logran reunirse en el Cerro de las Campanas, no cuenta el número de los sitiadores, y se dispone á romper la línea republicana ó mo-

rir en la empresa, esperando sólo la determinacion de sus generales.

La conducta de Maximiliano en el sitio de Querétaro, fué la de un digno príncipe.

La de Napoleon III en Sedan, fué la de un soldado vulgar.

Con la suya Maximiliano conquistó el aprecio hasta de su contrarios.

Napoleon con la suya se enagenó el de sus propios adictos.

Todos los actos de Maximiliano desde el principio del sitio hasta su rendicion, llevaron un sello de grandeza y de majestad, de nobleza y de magnanimidad admirables. Por eso aún el mismo individuo que entregó la plaza, procuró salvarle de caer prisionero. Acaso por esas nobles cualidades con que Maximiliano se hizo admirar de adictos y republicanos en los dias de prueba, tuvo mayor empeño D. Miguel Lopez en no aparecer con la fea nota de desleal con que fué designado por todos, despues de haber entregado el punto de la

1867.

Mayo.

Cruz. Pero en vano han sido los esfuerzos que ha hecho con el fin de desvanecer esa acusacion que sobre él pesa. El manifiesto que dió tratando de rechazar el infamante nombre con que se designa al que defendiendo una causa entrega á sus contrarios el punto que se le ha confiado, es, desgraciadamente para él, un documento de los menos eficaces para el objeto que se propuso. Ese manifiesto en que procura aparecer inocente, está refutado por cuarenta y dos jefes del ejército imperialista prisioneros, que mas tarde fueron conducidos á la cárcel pública de More-

lia (1). En esa refutación, sus autores, contestando al punto en que D. Miguel Lopez asienta que el emperador le envió á ver al general sitiado D. Mariano Escobedo asegurando al mismo tiempo que Maximiliano durante su ausencia preguntó varias veces por él, dicen: «Nos ocurre una cosa que es indudablemente un fuerte argumento contra lo expuesto por Lopez. Según él, el emperador le había enviado con objeto de hablar con el general Escobedo; según él, también el emperador le había hecho buscar repetidas veces durante la noche.... Nosotros preguntamos: ¿había perdido el juicio el emperador, puesto que se olvidaba de haber mandado á Lopez al campo enemigo? ¿Iguoraba acaso que la comisión que había confiado á éste exigía un retardo considerable, vista la dis-

(1) Hé aquí los grados y nombres de esos gefes que refutaron el manifiesto de D. Miguel Lopez:

Coronel, *Manuel Guzman*.—Coronel, *Manuel Alegre*.—Coronel, *Juan Adolfo Carranza*.—Coronel, *José María Zapata*.—Coronel, *Pedro A. Onzalvez*.—Coronel, *Ignacio de la Peza*.—Coronel, *Pedro J. de Ormaechea*.—Coronel, *Ignacio Garcia*.—Teniente coronel, *Trinidad M. Garcia*.—Teniente coronel, *Antonio M. de Horta*.—Teniente coronel, *Miguel Gutierrez*.—Teniente coronel, *Faustino Valderrey*.—Teniente coronel, *Ramon R. Robles*.—Teniente coronel, *Manuel V. Escalante*.—Teniente coronel, *Agustín Pradillo*.—Teniente coronel, *Ignacio de Arreta*.—Teniente coronel, *Manuel Alarcon*.—Teniente coronel, *Pedro Navarrete*.—Teniente coronel, *Francisco Campos*.—Coronel teniente coronel, *Manuel Irastorza*.—Teniente coronel, *Juan Verna*.—Comandante, *José Nava*.—Comandante, *Hermenegildo Rojas*.—Comandante, *Juan Oscuras*.—Comandante, *Ernesto Malburg*.—Comandante, *Victoriano Montero*.—Comandante, *José María Vilchis*.—Comandante, *Macedonio Victorica*.—Comandante, *Luis Echeagaray*.—Comandante, *Manuel Montero*.—Comandante, *Casimiro Frontana*.—Comandante, *Ignacio Sepúlveda*.—Comandante, *Cárlos Gutierrez*.—Comandante, *Miguel de Gáver*.—Comandante, *Ignacio Cabello*.—Comandante, *Casto Verasa*.—Comandante, *Godardo, conde de Pachta*.—Comandante, *José Cárlos Arocena*.—Comandante, *Félix Becerra*.—Comandante, *Pío Quinto Claveria*.—Comandante, *Juan Ramirez*.—*Antonio Perez*.

»tancia á que se encontraba el campamento republicano, los incidentes del camino que tenia que recorrer á pié, y el tiempo indispensable para tener la conferencia y regresar despues? En nuestro humilde concepto, estas solas reflexiones son bastantes para desmentir la audaz version descrita por Lopez.»

Como despues de haber asentado D. Miguel Lopez que el emperador anhelaba que se le dejase salir con algunas personas de su séquito, dice al hablar de los sentimientos del mismo emperador, que «queria siempre participar de los peligros de sus subordinados; porque era demasiado noble para pensar en su salvacion, cuando peligraba la de las tropas», los autores de la refutación, encontrando entre uno y otro aserto una contradicción palmaria, dicen: «Nosotros preguntamos, ¿qué era, en fin, lo que deseaba el emperador? ¿Abandonar á sus soldados, desertando vergonzosamente de la plaza, ó permanecer al lado de ellos, participando de todos sus peligros?»

Los referidos jefes prisioneros para destruir los argumentos que D. Miguel Lopez presenta pretendiendo hacer ver que estuvo en imposibilidad de introducir á los sitiadores en el interior del fuerte de la Cruz, hacen notar que «Lopez, desde tres ó cuatro días antes del 15 de Mayo, había solicitado que de la fuerza de un tal Yablouski, cómplice suyo, se le permitiera disponer de un piquete para disponer para ayudar á la custodia de la Cruz, y que esa misma fuerza cubría la cañonera derecha abierta en la barda izquierda de dicha huer-ta, y de la cual se había hecho retirar la pieza que allí estaba situada, por hacer parte de las que debian

»formar las baterías de ataque, en la salida proyectada
 »para la noche del 14;» que «aunque es cierto que desde
 »la altura de la iglesia podia descubrirse á cualquiera
 »tropa que se presentase cerca de la indicada barda,
 »esto no era posible en aquel momento, puesto que lo
 »impedian la densa oscuridad de la noche y el silencio
 »que, como era natural, debían haber guardado las tro-
 »pas que ejecutaron el movimiento;» que «por la caño-
 »ñera de que se ha hablado, fué el lugar por donde
 »penetraron las tropas del general Velez, segun decia
 »Lopez;» que «una vez introducidos los republicanos
 »en la huerta, todas las demás obras fueron sorprende-
 »das por la gola, comprendiéndose perfectamente que
 »las tropas que la guarnecían, no tuvieron motivo pa-
 »ra sospechar de una fuerza que transitaba en el inte-
 »rior del perímetro, y mucho menos, cuando á la ca-
 »beza de ellas se miraba á Lopez, jefe del punto;» y
 »por último, «cuando ninguna traicion podia compren-
 »derse con motivo de estarse relevando los destacamen-
 »tos de los parapetos, puesto que había ejemplo de ha-
 »berlo verificado así otras noches en que se dispusie-
 »ron ataques que debian ejecutarse en la madrugada.»

1867. Dadas á conocer estas circunstancias, los
 Mayo jefes prisioneros, para probar que D. Miguel Lopez fué quien dió paso á las tropas sitiadoras al punto de la Cruz, refieren en su impugnacion al manifiesto del espresado Lopez, los hechos que presenciaron, y estampan lo que han dicho varios de sus compañeros de armas, entre cuyos relatos presentan el del coronel D. Manuel Guzman, segundo jefe del estado mayor, que está concebido en los términos siguientes:

tes: «Serían próximamente las cuatro de la mañana
 »del 15 de Mayo, cuando el señor D. J. L. Blasio
 »entró á la pieza que nos servía de alojamiento en el
 »convento de la Cruz al señor general Castillo y á mí,
 »y me avisó que el enemigo estaba en el campo-santo:
 »dí conocimiento al citado general, el cual salió vio-
 »lentamente: yo entré á tomar mi pistola á un gabinete
 »inmediato y salí á alcanzarlo.

»En la pieza contigua á la nuestra, vivía el Em-
 »perador; al pasar por su puerta, el teniente coronel
 »Yablouski, que se encontraba allí, me dijo: «Coronel,
 »el enemigo está ya en la huerta y campo-santo»; sin
 »dar contestacion alguna seguí mi marcha con direc-
 »cion á estos puntos, pues además de que, como he
 »dicho, quería reunirme al general, el cual supuse
 »que se había dirigido á aquel lugar, quería tambien
 »por mí mismo convencerme de lo que se me había
 »dicho: atravesé los dos patios que median entre el pié
 »de la escalera y la huerta sin encontrar un solo sol-
 »dado, ni una luz en el tránsito de la parte baja del
 »edificio. Llegué al fin á la puerta de la huerta y pasé
 »una pequeña obra que la cubría, y se conocía con el
 »nombre de «tambor»; habría avanzado unos ocho ó
 »diez metros fuera de ella, cuando no obstante la gran
 »oscuridad que reinaba á esa hora, pude distinguir
 »una línea de tiradores y á su retaguardia tres trozos
 »de infantería que me parecían, por los grandes scha-

1867. »cots que tenían, del batallon de «Supre-
 Mayo mos Poderes», fuerza que me era bien
 »conocida, porque durante el asedio de la plaza, habíamos tenido algunos prisioneros de ella. Una vez con-

» vencidó de que el enemigo estaba en plena y absoluta
 » posesion de aquella parte del edificio, me regresé con
 » la mayor precaucion posible, y al llegar al punto que
 » antes he designado con el nombre de «tambor» me
 » encontré con cinco ó seis oficiales, tras de los cuales
 » marchaba Lopez: á los primeros no los conocí ni me
 » fijé en ellos, porque estaba muy lejos de suponer que
 » por el camino que yo había seguido, podrian encon-
 » trarse oficiales republicanos, como sucedió; avancé un
 » poco entre ellos y me dirigí al mencionado Lopez, di-
 » ciéndole: ¿Qué hay, coronel? Este hombre nada me
 » contestó y aun observé que trató de ocultarse tras de
 » uno de aquellos jefes ú oficiales: al pronunciar yo es-
 » tas palabras, uno de ellos, el que por el paso que yo
 » había dado quedaba á mi espalda, dijo en voz alta:
 » «aseguren á este señor», cuya órden ejecutaron unos
 » siete ú ocho soldados que marchaban tras de ellos, y
 » á los cuales yo no habia visto. Esta pequeña fuerza
 » que fué la que me sirvió de custodia, me hizo avanzar
 » de nuevo á la huerta, á unos veinte ó veinticinco pa-
 » sos de la puerta, en donde nos establecimos. En estos
 » momentos supuse que Lopez, como yo, habia sido he-
 » cho prisionero; pero no dejó de llamarme la atencion
 » que no lo dejaran como era natural conmigo, y verlo
 » dirigirse de nuevo con aquellos oficiales al interior
 » del edificio, por otra puerta que está situada á unos
 » veinte ó veinticinco metros á la derecha del «tambor»,
 » y por la cual se iba á las cuadras que ocu-
 » paban la compañía de Zapadores, un pi-
 » quete de gendarmería, y tambien al interior de la
 » obra de fortificacion que se estaba construyendo sobre
 » el camino, á la salida de la plazuela de la Cruz.

1867.

Mayo

» y por la cual se iba á las cuadras que ocu-

» paban la compañía de Zapadores, un pi-

» quete de gendarmería, y tambien al interior de la
 » obra de fortificacion que se estaba construyendo sobre
 » el camino, á la salida de la plazuela de la Cruz.

» Habría trascurrido poco más ó ménos un cuarto de
 » hora, en cuyo tiempo tuve lugar de estar observando
 » que algunos bultos que salían del interior y se diri-
 » gían á los trozos de infantería, ponían en movimiento
 » estas fuerzas, haciéndolas avanzar al convento por sus
 » dos entradas y otra para un gran patio al que se lle-
 » gaba por una horadacion y que comunicaba por la
 » parte Sur, con la línea de San Francisquito y por la
 » Norte, á la parte baja del Hospital, que servía de
 » alojamiento al tercer batallon, en los dias en que el
 » número de fuerzas permitía al ejército tener un bata-
 » llon de reserva; pero desde algunos atrás, sólo servia
 » para cuarenta ó cincuenta prisioneros que se habian
 » dado de alta; como he dicho, habria trascurrido un
 » cuarto de hora, cuando distinguí á muy pocos pasos
 » del lugar en que se me tenía, á Lopez que caminaba
 » precipitadamente, y con una voz demasiado fuerte
 » decía: «Por aquí, mi general, por aquí.» Estas voces,
 » como era de suponer, me causaron una grande ale-
 » gría, pues repito, creía á Lopez prisionero y pensando
 » se hubiese escapado, me figuré que al general á quien
 » gritaba Lopez, sería al Sr. Castillo, á quien mostraba
 » el camino por el que había avanzado el enemigo; pero
 » esta ilusion me duró bien poco, pues nada había que
 » confirmase mi creencia y lejos de ello, pocos instantes
 » despues, me hicieron caminar hácia una plataforma
 » construida en la barda izquierda, en don-
 » de me reunieron con siete ú ocho de mis
 » compañeros prisioneros ya. Hasta que se verificó esta
 » reunion, pude comprender cual era la causa de todo
 » lo que yo había presenciado y que se ejecutaba con el

1867.

Mayo.

» construida en la barda izquierda, en don-

» de me reunieron con siete ú ocho de mis

» compañeros prisioneros ya. Hasta que se verificó esta
 » reunion, pude comprender cual era la causa de todo
 » lo que yo había presenciado y que se ejecutaba con el